

Apéndice

En un ensayo¹

[...] Mi cabello es visto como real aunque yo lo viva como treta: justa revancha de la *uncayag* huarpe que llevo en la sangre sin que la adusta escolaridad blanca se haya hasta el momento enterado. [...] De mi tatarabuela Carmen Nuñez, último cacique huarpe de la zona cuyana del *Allentiac*, termino hablando en la reunión de fin de año del Grupo de Estudios Andinos, intentando explicar cómo es que la necesidad de saber me ha llevado allí [...] y entonces comienzo a pensar en esta crónica, un poco para terminar de explicarme y otro poco porque me quedo con una sensación de fragilidad que tarda días en irse. La historia de mi abuela huarpe es como una rama troncha, un vacío que con los años se agiganta.

David Viñas dice que los indios son los 'desaparecidos' del orden capitalista, arrasados por el positivismo darwinista, juzgados como

¹ Fragmentos de Néspolo, J. (2022). «Parir signos». *Boca de sapo* 33, era digital, 23, febrero, 96-100.

inferiores, expoliados de sus tierras. Lo dice a la vuelta de su exilio en México y a la vuelta de todo: tanto esfuerzo para borrarlos del mapa, y sin embargo...

De mi tatarabuela solo queda un daguerrotipo que mi hermana, la historiadora, ha estampado en el grueso lomo de su tesis de doctorado, publicada en 2012. Según ella su nombre cristiano se le otorgó después de haber contraído nupcias con Francisco Nuñez, un baqueano del General San Martín en el Cruce de los Andes. El relato familiar dice que tanto ella como su hija Sara, la madre de mi abuelo, eran mujeres de carácter fuerte, que fumaban en pipa y vivieron más de cien años. La fotografía muestra la firmeza de su porte: los rasgos indios se imponen por sobre las prendas de vestir occidentalizadas, mientras una mano descansa en la cintura la otra parece sostener un cayado o, quizá, el caño de una escopeta.

En los últimos años mi hermana menor recupera el linaje italiano, español y francés de nuestros abuelos y tramita la nacionalidad europea. Sube los datos de todas las partidas de nacimiento y de defunción recuperadas al sitio Family Search y el gran árbol genealógico se abre en todas sus ramificaciones europeas: la rama francesa por parte de mi abuela materna, la rama española por parte de mi abuelo materno, y la rama italiana por parte de mis abuelos paternos. El árbol se ramifica en nombres, fechas, descendencias. La rama huarpe va de Sara a Carmen y ahí queda: trunca. Los interrogantes no tardan en ovillarse.

Revisando censos y actas bautismales saltan de pronto datos insospechados: Francisco Nuñez no era el esposo sino el padre de Carmen (el censo de 1869 registra que tanto él como su madre, Cleofa Arias de Nuñez, no sabían leer ni escribir), la cual nace en 1862. El censo de 1895 registra que, para entonces, Sara y Carmen son solteras, saben leer y escribir y, según se apunta en la columna «Enfermo, sordo-mudo, idiota, loco o ciego», Carmen se encuentra «enferma». Sara fue la primera de los cinco hijos naturales que tuvo Carmen: según las fechas consignadas, la parió a los once años.

Hay una extraña microhistoria, recogida en el volumen *Cuentos ocultos* de Domingo Faustino Sarmiento, que dice así: 'Una de las indiecitas repartidas en las familias se obstinaba en no hablar su lengua natal, aun con los niños de su raza. Le regalaron una muñeca y en el alborozo de su corazón, prorrumpió en un interminable monólogo, en lengua que ni la muñeca ni los presentes entendían. Esto les pasa a los pueblos también. En los grandes conflictos, hablan su lengua propia, la de su raza, con el tinte de sus antecedentes históricos y literarios'.

La historia de mi tatarabuela oscila entre el relato familiar, que la recordó como *yñaca* (princesa), y estas microhistorias de «indiecitas» olvidadas por la retórica triunfalista y macha que se impuso, luego de acaecida la Campaña del Desierto (1878-85). En la década

en que nace mi bisabuela Sara Nuñez se concretiza el programa liberal de Sarmiento y de Alberdi, alterando el espíritu romántico que acaso agitaba legítimamente sus propuestas en aras de la concentración del capital y de una ideología indofóbica que, a la vez que sintonizaba con los flujos del mercado mundial y consideraba a los indios como enemigos prioritarios y generalizados del sistema, se ‘servía’ de ellos de todos los modos posibles.

Si algo sabían los huarpes era servir. Mansos y pacíficos eran reclutados y llevados a Santiago de Chile, desde los pretéritos tiempos de la Colonia, para trabajar en las minas u oficiarse de mayordomos y sirvientes. Se los prefería incluso a los mapuches, tenidos por belicosos y taimados que hacían reventar a los misioneros que intentaban evangelizarlos en la primera de cambio. Los documentos explican así su lenta desaparición. Afincados históricamente en el sistema lagunar de Guanacache, hasta entrado el siglo XVII el grueso de los hombres era expatriado de su comunidad y llevado a trabajar a las minas o a las ciudades; quedaban solas las mujeres y sus hijos. No sorprende, por tanto, que se instalara el sororato y el levirato, y que el proceso de acriollamiento terminara luego de disgregarlos.

A esta altura, lo huarpe se me antoja muñeca de trapo, lengua (*na-nat*) muda en boca de una indiecita de once años que debe tejer un relato con palabras que iluminen su presente: ¿podrán la luna (*cher*) y las estrellas (*kot*) abrigar tanto desamparo?

Los huarpes adoraban a una divinidad central que –suponían– moraba en las altas cumbres: *Hunuc Huar*, a la cual temían y respetaban. Eran grandes caminadores y para atravesar la montaña, por ejemplo, solían ofrecerle productos naturales, como maíz, chicha y plumas de avestruz. A sus muertos los enterraban con la cabeza dirigida a *zhic*, la Cordillera, en dirección hacia donde habitaba su dios, junto a las ofrendas que debían servir de provisión para el viaje. Con cantos y danzas se despedía al difunto y luego se sucedía una gran borrachera. Los parientes observaban un duelo que consistía en pintarse la cara y estarse algún tiempo sin lavarla. Otros genios menores del panteón huarpe eran el Sol, la Luna, el lucero del alba, los ríos y los cerros.

[...]

Sara Nuñez era la sierva, la criada, de Giacomo Nespolo, un italiano nacido en 1863 en Rapallo que viaja a San Juan para cultivar la vida y ‘hacerse la América’. Desde que deja la miseria de Italia y se instala en la provincia cuyana pasan unos años de pérdidas sucesivas: mueren su primera mujer y sus pequeñas hijas. Intenta suicidarse y falla. Lo cuida la india con la que, unos cuantos años después, tendrá cuatro hijos: el mayor de ellos es mi abuelo Juan. El año en que yo nací, Sara cumplía cien años. Cantidad de fotos familiares de entonces, la muestran rodeada de hijos, nietos y bisnietos.

En mi escaramuza virtual por la Biblioteca de los Maestros, doy con un libro de lectura escolar de la zona cuyana, publicado en la

década de 1930, que apunta la fundación de las ciudades de Mendoza, San Juan de la Frontera y San Luis de Loyola –como se las llamó entonces– en 1561 y 1562, y explica: ‘Este país era habitado por los huarpes, que sumisos y de trato suave, fueron repartidos en encomiendas a los encomenderos para saciar el afán de atesorar fortunas. Tratados bestialmente, forzados a penosísimos trabajos, tuvieron que abandonar a sus familias, que la mayoría no volvió a ver más, dejar sus cultivos y pasar la cordillera a pie para ir al trabajo forzado de las minas de Chile y poder pagar tributo [...]. Esta conscripción civil, en la que bajo el nombre de mita, yanacona o encomienda fueron sometidos los indios para morir a millares, forma la página negra de la historia de la conquista española’. El libro es un manual que recoge las más diversas fuentes y está destinado, según indica, a niños de quinto y sexto grado de la región de Cuyo. Me pregunto si habrá sido el manual de estudio utilizado por Américo Calí, gran promotor de la Generación Regionalista del 25 en Mendoza, maestro de escuela de Antonio Di Benedetto en esos años. Encuentro allí, en el apartado «Etimología y Folklore», que la palabra Aballay es un antropónimo que significa: ‘el hijo del tejedor’. ¿Di Benedetto tendría presente ese remoto sentido del nombre al escribir la historia de ese gaucho penitente que, para expiar una muerte, decide no bajarse nunca de su caballo? Y más luego, al salir de la detención forzada que le impusieron los militares apenas sucedido el Golpe del 76 y publicar ese relato en España, en el volumen *Absurdos* (1978), ¿habrá comentado estos asuntos con su amigo Daniel Moyano, también exiliado político en esos años? ¿Será ese el secreto hilo que une al Aballay de Di Benedetto con la familia Aballay a la que Moyano da vida, en su novela *El vuelo del tigre* (1981)? Preguntas, horadaciones o rodeos que nos acercan a la incandescencia de las amistades literarias y las influencias, pero no resuelven el enigma.

Quien teje lleva la memoria de sus tejidos en el cuerpo. Cuando mi madre estuvo internada por más de un mes, la mayor parte del tiempo inconsciente, no dejaba las manos quietas. En ese tiempo yo estaba tejiéndole un suéter de algodón blanco a mi hija y toda vez que me tocaba cuidar a mi madre, de día o de noche, llevaba mi tejido. En algún momento se me ocurrió ponerle un pedazo de ese hilo rústico entre los dedos: de inmediato comenzaron a moverse como si llevaran un tejido. Mi madre me enseñó a tejer de tan chica que no recuerdo el momento en que aprendí, quizá de tan solo verla. Nos tejía a todos: tejía en el colegio, mientras miraba la televisión o cuando simplemente quería descansar. A veces pienso que fue ese hilo que tuvo enredado entre los dedos hasta que volvió a la conciencia, lo que la mantuvo con vida.

Los huarpes eran maestros en el arte del tejido y la cestería: sus tejidos eran tan resistentes y apretados que servían para trasladar agua sin que se derramara una sola gota. Parcos en el decir y sin áni-

mo de expansión imperial, se ha perdido el rico espíritu de las imágenes y modismos que nutría su lengua. Lo poco que conocemos del habla huarpe nos ha llegado mediado por la doctrina y la mentalidad cristiana: un léxico incompleto de palabras apuntadas por un sacerdote español, el Padre Luis de Valdivia, misionero jesuita que se ocupó en tareas lingüísticas a comienzos del 1600, al reducir a «Arte y Vocabulario» las tres principales lenguas indígenas de antiguo Reyno de Chile (el Araucano que –según dice el autor– dominaba en su tiempo todo el Chile trasandino hasta el mismo pie de la Cordillera y, por otra parte, las dos lenguas huarpes propias de los indios de la región de Cuyo, el Allentiac y el Millcayac). No obstante el escueto registro, esas palabras nos permiten asomarnos al misterio de su existencia, una mirilla desde la cual observar retazos de su lirismo, una arcana corriente que recibió influjos del quechua y del aymara, durante el proceso de incaización que se dio previo a la llegada de los españoles.

Si para el caribe salvaje el arco iris es «el penacho de Dios», y el pulso, «el alma de la mano»; si para el indígena del norte la Vía Láctea es «el camino de las almas», y el guaraní de la intrincada selva tropical tiene al colibrí como un pájaro sagrado que anuncia el paraíso, ¿qué imágenes habrá inspirado al huarpe el grandioso espectáculo de sus montañas o el espejar de sus ríos bajo un cielo estrellado? El secreto ideario de sus vidas permanece hoy tan inaccesible como el de sus grabados y pinturas, plasmados sobre las piedras cordilleranas, plenos de líneas complejas y de emblemas zoomorfos. Solo sabemos con certeza que, para esta cultura, «tierra» se decía *te-ta*, que a partir de «sol» (*te-ka*) se formaban los vocablos «eternidad» (*chu-te-ka*) y «vestir» (*te-ka-manen*) y, también, que en el verbo «escribir» se reunían dos palabras: *killka-taunen* (*killka/* signos y *taunen/* poner o parir) «parir signos».

No es un eufemismo, ni un subterfugio: hubo un idioma de la tierra y algunas mujeres de mi familia lo hablaron.

En una poesía

Corto de genio y más aún de palabras, | mi compañero Gonzalo me pide que traduzca | a la indiecita su amor por ella. || Construye unas breves y fatigosas palabras, | que yo reconstruyo en un araucano largo y fluido. || La indiecita, no más larga de genio ni de palabras, | responde en un araucano rudo y fatigoso, | que yo traduzco en un español hermoso y afable. || Ahora se aman como locos de la mañana a la noche. || Y a fuerza de tanto entenderse han perdido ya || todas sus palabras.

«El lenguaraz» de Juan Octavio Prenz (2022, 102)

En la vida

Mi madre tenía su familia materna radicada en Bragado. Mis bisabuelos se instalaron allí cuando llegaron de Italia. Era una zona de frontera en la Provincia de Buenos Aires a 213 km de la ciudad de Buenos Aires. Del otro lado, estaban los indios coliqueos, una rama de los mapuches que se instaló en la pampa húmeda cercana a las hoy ciudades de Los toldos y Bragado. Serían las últimas décadas del siglo XIX. Los nombres de los caciques Cafulcurá y Coliqueo repican en mis oídos. A Cafulcurá lo llamaban «el Bonaparte de las pampas». Y Coliqueo, más negociador, trabajó duro para mantener sus tierras. No recuerdo precisiones, tengo jirones de voces adultas que comentaban aventuras de mestizaje que yo desde muy niña alucinada escuchaba y que ahora trataré de reconstruir. Creo que mi bisabuelo llegó sólo de Italia y después llegó su mujer y algunos de sus hijos (no encontré registros de sus llegadas en el Museo de los inmigrantes cuyos datos llegan hasta 1880); los hijos menores nacieron allí, en Bragado, donde muchos descendientes aún viven. Es una zona muy rica para la agroindustria y la ganadería.

Sé que mi bisabuelo tenía buen trato con sus vecinos, los indios coliqueos, comerciaban en paz, tal vez a través del trueque. Dos de sus hijos mayores, hermanos de mi abuela, tíos de mi madre, serán los protagonistas de este recuerdo. Uno de ellos, al que le decían «Macho» (Macho, hoy sería un sobrenombre inaceptable por los movimientos feministas) aún adolescente dejó su casa familiar en el pueblo, cruzó la frontera y se unió a los coliqueos. Un año después, volvió a casa de sus padres junto a una joven indiecita llamada Ema y un bebé en sus brazos. Sus padres felices recibieron a su hijo y a su mujer. Al bebé lo llamaron siempre «Machito».² Tuvieron tres hijos

² Cf.: «Machito: (dim.del español macho): fuerte, valiente» (*Diccionario etimológico del lunfardo*. Buenos Aires: Taurus, 2010, 208).

más. Muchos años después, Machito, que sería tal vez abogado o notario o juez de paz, no lo sé, unió en matrimonio a sus padres, ya entrados en años, en la ceremonia civil. Mi madre visitaba a sus tíos y a sus primos. Iba con toda la familia. Recuerdo a Ema, tía Ema le decía mi madre, sentada en un sillón, tal vez de caña, sus manos oscuras allí, sobre su regazo, su tez era cobriza y sus ojos rasgados. Tan bella. A su rostro sereno lo enmarcaban dos trenzas larguísimas, ya grises. En ellas se enredaba mi mirada.

Otra de las hijas de mis bisabuelos, era Teresa, hermana de Macho y de mi abuela, María. Vivió siempre en Bragado. Era soltera y tenía teros en su casa porque decía que eran muy guardianes. Mi hermano y yo nos mirábamos y nos reíamos... ¡Eran pajarracos, no perros! Ahora sé que los teros son muy guardianes...Tía Teresa venía de vez en cuando a Buenos Aires a visitar a su hermana y a mi madre, su sobrina preferida.

Se instalaba en mi casa, dormía en mi habitación y yo me dormía escuchando su recuerdo infantil de los malones. Tía Teresa tenía piel cobriza, nariz aguileña y ojos rasgados. Escuché a mi madre y a su hermana comentar esos rasgos con cierta picardía. Parece ser que una vez la hermana de mi madre le mostró a la tía Teresa una imagen de un indio al que le había tapado su pluma y sus crenchas, y le dijo: «Mirá tía ¿a quién se parece esta imagen?» La tía Teresa contestó: «A mí m'hijita»; entonces, descubrió la imagen y apareció el indio de la figurita con todos sus atributos. Tía Teresa, entre sorprendida e indiferente, sin molestarse, contestó: «No sé, m'hijita a mí me crió mi mamá». No olvido ese instante. Los límites desdibujados y el amor zanjando ambos lados de toda frontera.³

3 Archivo personal de la autora.

Agradecimiento

A Susanna Regazzoni, agradezco la posibilidad de transitar este largo camino surcado por intensas experiencias personales y profesionales, por lazos de cofradía y amistad en la tierra natal de mis 'nonos'.